

tividad. Tal es la preocupación del autor, y la expresa, como se hizo anteriormente con la autonomía y con la interpelación, en el hecho de que en la tradición puedo elegir, y eso da cabida a cierto costado objetivo.

Todo esto conlleva el análisis crítico de la hermenéutica, que Ramón Rodríguez afronta en los dos últimos capítulos. En “El lugar y el papel de la tradición”, destaca el plus de Gadamer, que ve algo positivo en la condición preinterpretada de la existencia humana. Aquí se muestra que lo fundamental de la hermenéutica gadameriana radica en la movilidad recíproca entre el comprensor y el tema: la transformación de los horizontes actuales a partir de un comprender ejecutor. Es la historia efectual, magnífico término de Gadamer para ilustrar la movilidad y el ser fundamental del pasado.

Pero algo queda impensado, y es la pretensión de verdad, es decir, la verdad posible en este ámbito de indicación formal y modalizaciones. A esto dedica Rodríguez el último capítulo, “La pretensión de verdad de la tradición”, en donde muestra el trabajo de Gadamer y, posteriormente, propone una crítica esencial al mismo. Gadamer rompe el silencio al que termina abocando la historia del ser, dando voz y diálogo efectivo con la historia, un diálogo que como dice el epígrafe de Rilke en *Wahrheit und Methode*, es como un juego en el que desde siempre nos encontramos. Pero esta comparación choca cuando se pregunta por la verdad del llamado a jugar, a dialogar. La interpelación de la tradición ha de tener algo que decir, no meramente la formalidad del ser histórico como tal. Gadamer pretende dar valor al acontecimiento como presentación de la historicidad misma, del mismo modo como la presentación de una obra de arte no es indicación hacia algo distinto, sino presentación ante todo de su propio ser, incrementando con su efectuación su propio sentido. Pero aún queda irresuelta la pretensión de verdad, y es por ello que hay un reclamo, una subjetividad o un sí mismo incipiente, descubierto en la primera parte del libro de Ramón Rodríguez, que puede corresponder a una verdad o no, invocando por tanto un contenido concreto.

Así termina este trabajo del profesor Ramón Rodríguez; un texto que como hemos intentado reflejar, se nutre de fuentes muy precisas para analizar las posibilidades de una hermenéutica fenomenológica como filosofía primera, siendo ya esto un ejercicio filosófico fundamental. Esta meditación fundamental contribuye sin duda a ampliar y desencallar la difícil relación de la filosofía con su propia historia y con su propio destino.

Francisco Javier PARRA BERNAL

Escribiendo con los ojos

Intravi et vidi qualicumque oculo animae meae lucem incommutabilem

MARIAS, Julián: *Notas de un viaje a Oriente. Diario y correspondencia del Crucero Universitario por el Mediterráneo de 1933*, edición de Daniel Marías y Francisco Javier Jiménez, epílogo de Javier Marías, Madrid, Páginas de Espuma, 2011, 205 pp.

1933. Año de inauguración del nuevo edificio de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid y de la implantación definitiva del nuevo plan de estudios impulsado por Manuel

García Morente; tres años antes de la terrible guerra fratricida que estremeció a España. Un grupo de estudiantes, profesores e investigadores vinculados a aquella Facultad se embarcan en el *Ciudad de Cadiz* para recorrer el Mar Mediterráneo en un crucero de un mes y medio. ¿De qué les servirá aquel viaje?, ¿cuál era el interés profundo de aquella aventura? En su Diario de viaje, Julián Marías, joven filósofo de 19 años, nos narra lo que será una experiencia inolvidable, cargada de valor afectivo, intelectual y religioso, y nos da un ejemplo brillante de la verdadera actitud del viajante.

Morente había concebido aquel Crucero Universitario ante todo como una *expedición hacia las raíces de la cultura Occidental*, hacia nuestras raíces. Marías se toma la iniciativa con un esmero singular. A lo largo del viaje, va calando hasta el corazón mismo de aquellos sitios insignes que engendraron a Europa para descubrir en ellos las huellas de una historia que marca su propio ser. Una investigación que queda reflejada y condensada en su Diario y que se convierte para nosotros en una invitación insistente a emprender el mismo «viaje hacia lo hondo de nuestros espíritus» (p. 38), para descubrir allí las mismas huellas. No se trata meramente de traer a la imaginación lo que pudo ocurrir en aquellas tierras, o de anhelar con nostalgia una era pasada, sino de constatar brasas reales que encendieron nuestros antepasados y que aún arden en nuestro interior tras el vendaval de los años. El sentido, la virtud y la perfección, la esencia de las cosas, la muerte y la vida, el tiempo, la eternidad, la filosofía y el arte, los dioses, la esperanza,... Todos estos conceptos fundamentales, tan asumidos, conocidos y usados para describir la realidad que nos rodea, toman nueva luz y resuenan en nosotros con más fuerza a medida que recorremos con el pensador español el Mediterráneo y sus ciudades.

A Roma no se había previsto ir, y Marías tampoco se incorporó a los que se desviaron del itinerario para visitarla. Sin embargo, el filósofo sí que pudo admirar las otras dos cunas desde las que Europa vio la luz: *Atenas y Jerusalén*. Grecia concentra un significado central. Es el símbolo de lo mejor humano. Por eso, allí, en la misma tierra griega, Marías es capaz de percibir el origen y el resplandor del luminoso y solemne carácter griego de mesura, de orden, de prudencia, de asombro, de penetración, de crítica. Carácter con el que Marías siente una complicidad inquebrantable y en el que queda atrapado en una especie de embrujo irresistible. En el fondo, una influencia constitutiva, ontológica. Algo parecido a lo que se siente ante la tierra que nos vio nacer o junto a la madre que nos concibió. Con razón podrá confesar Marías que le es imposible separarse de Grecia: «ocurre que de Grecia no puede uno despedirse, porque nos espera en todas partes: en Atenas como en Madrid, en los versos de Homero o en las páginas de Aristóteles y, sobre todo, dentro de nosotros mismos» (p. 79). En Judea, en cambio, lo que vibra es una historia divina. La visita a Jerusalén despierta en Marías el afán por la vida, el entusiasmo por el presente y la esperanza en el futuro. El lamento judío y cristiano ha resonado inevitablemente por todo el mundo. Imposible ya de apagar la llama que aguarda paciente la acción externa de la divinidad y el impulso íntimo para reflejar esa divinidad con más pureza.

Resulta edificante verificar que en la pluma de Marías no hay nada de ocioso o superfluo. De ella brotan *descripciones* no sólo llenas de color y vida sino, también, impregnadas de pensamiento y de sentido. El filósofo nos coloca en los lugares físicos y nos hace sentirlos como si estuviésemos allí, viéndolos en primer plano; junto a él contemplamos el mar, las piedras, el sol, la noche, la tierra, las calles, los árboles y la luz, los edificios y las per-

sonas. Y, al mismo tiempo, nos ofrece los significados profundos que esos paisajes transmiten al observador.

Indiscutiblemente, uno de los grandes valores de esta obra primeriza de Marías consiste en la gran ayuda que nos presta para *afinar nuestra mirada*. El hombre que quiere vivir con sentido y plenitud, que busca el bien y la felicidad, debe, en primer lugar, aprender a ver lo que tiene delante. Esto no es fácil: «para ver hay que mirar, y esto obliga a volver ansiosamente los ojos en torno, buscando el sentido de lo que hay ante ellos» (p. 93) Nuestra mirada ha de ser limpia y recta, no desviada por la precipitación, la obstinación y la intemperancia; hay que fijar la atención y el interés en lo esencial. Marías no se queda en las apariencias o en los sentimientos. Pero tampoco se reduce a constatar datos y declarar rígidamente principios. Su Diario es, más bien, una mezcla de las dos cosas. Es historia: «narración de lo que las cosas externas le producen a uno o, si se quiere, de lo que le pasa a uno al ponerse frente a las cosas» (p. 35). Y, puesto que en el observar todo es individual, puesto que no existen reglas, sólo la palabra y el ejemplo de un maestro pueden estimular y dirigir nuestro propio mirar. Necesitamos los ojos de Marías para poder contemplar como él la vida, para reconocer sus signos, para leer su sentido y para, de este modo, escribir nuestra propia historia.

A este mirar en profundidad es hacia donde se dirige precisamente la *obra de la filosofía*. Una vez concluido el crucero, ya en Madrid, Julián Marías remata su Diario precisando esta intención filosófica que le ha guiado en el viaje y que embarga toda su persona. En efecto, su escrito aspira a ser una expresión más de una vida que quiere ser significativa. El joven estudiante de Madrid quiere unirse a la comitiva de los hombres y mujeres que han anhelado saber, que han atravesado su existencia buscando plenitud de conciencia, de unidad y de sentido. Para esto no es necesario ser calificado expresamente como filósofo. La filosofía es, ante todo, una forma de vivir. Y basta con tener la actitud: «la realidad es que la vida, cuando se hace exageradamente consciente y una y siente una sed de sentido, de radicalidad, entonces tiende a la Filosofía, esto es, se coloca en una peculiar actitud, que es la filosófica» (p. 93).

De hecho, el *viaje* que ha realizado Julián Marías con sus compañeros ha sido una *oportunidad paradigmática* para poner en práctica esa actitud filosófica. Se trata de no dejarse arrastrar por el balanceo del barco, por las reacciones de los demás tripulantes, por la primera impresión de los paisajes, por el revuelo de las ciudades y sus habitantes y, sobre todo, por la brevedad del tiempo. Antes de que acabe todo, hay que «saltar fuera de las cosas» y «caer dentro de uno mismo» para agarrar con fuerza el sentido (p. 93). La filosofía acaba siempre en uno mismo. En eso extremadamente sorprendente que somos cada uno es donde tenemos que explorar la verdad. De manera que la vida misma se convierta en un viaje hacia el encuentro con nosotros mismos, hacia nuestra conciencia, hacia nuestro sentido, hacia nuestra unidad. Un viaje que, en realidad, cada ser humano, por suerte o por desgracia, y en un momento u otro, tendrá que realizar. Lo necesitamos irremediamente: peregrinar hacia nuestro interior y tocar nuestro fondo. Allí ya no hay razonamientos o debates que valgan. Allí sólo cabe meditar en silencio, reconocer y esperar.

Ramón CARO PLAZA
Universidad Complutense de Madrid